

NUESTRO AMIGO EL LIBRO*

Rafael Maya*

El libro es nuestro único y verdadero amigo si lo comparamos con la fugacidad de las amistades humanas que son por esencia quebradizas. La amistad que nos brindan los libros es pacífica, perdurable, íntima, fiel. El libro acompaña en todas las edades de la vida. Al niño le crea un mundo fantástico, al adolescente le ofrece secretos encantadores y para el joven constituye la clave de su vocación o la solución a las perplejidades del mundo interior, luego en los años definitivos en la formación intelectual cuando se anhela el conocimiento pleno, ya no puede apartarse de sí y el libro se convierte en el compañero de todas las horas. Pero los libros impresos son apenas una imagen visible de lo que es el libro, entendido en su recóndita esencia: libro es todo en el universo, nuestros rostros, nuestra alma, la tierra, nuestra vida.

Hablemos, señoras y señores, de nuestro amigo el libro. Lo he llamado amigo porque es el título que mejor le corresponde. Otros lo denominan guía, consejero, maestro; yo me contento con el nombre de amigo, porque creo que en esta palabra van implícitas esas otras denominaciones. Esto, claro está, si tomamos la palabra amigo en la plenitud de su significado. El libro es, pues, nuestro verdadero y único amigo.

* Conferencia leída por Rafael Maya en el Teatro de Colón, con motivo de la Feria del Libro, el día 9 de mayo de 1944 y cedida gentilmente por la Universidad de Antioquia-Departamento de Bibliotecas, de su publicación: La biblioteca informa No. 21 (sep. 1991).

* (1897-1980), oriundo de Popayán, conservador en política, católico en religión y clásico en poesía, su obra poética se destaca por la sobriedad expresiva y el efecto inalterable hacia ciertos tópicos, constantes a todo lo largo de su producción.

Vosotros sabéis que las amistades de la tierra, las amistades humanas, son esencialmente quebradizas. La fugacidad se halla comprendida en la esencia misma de su definición. Tenemos amigos por días, por años, por épocas, y cada etapa de nuestra existencia puede determinarse por las especiales amistades que entonces nos rodearon. Muy raros, rarísimos, son aquellos que nos acompañan hasta el final de nuestros días, compartiendo con nosotros vicisitudes y contratiempos. Los otros huyen en determinadas estaciones de nuestro ciclo vital, como pájaros migratorios, o regresan cuando las condiciones de nuestra amistad les son favorables u oportunas. Hay amigos para la hora del triunfo, para la hora de la riqueza, para la hora de la conquista política, para la hora del mando, para la hora de la plenitud popular, para la hora del predominio económico, y se van agrupando automáticamente, en una especie de selección natural, en torno de cada una de estas categorías humanas, representadas en el mortal dichoso a quien sonríe la fortuna en una u otra forma. Algunos, los que reúnen en su persona todos estos favores, conciertan en torno suyo un verdadero universo de amigos, y se mueven entre una multitud de satélites que se sienten arrastrados por la masa imponderable de aquellos cometas humanos.

Quienes apenas poseen una preeminencia especial, ven muy mermada su cohorte, y quienes no tienen ninguna se mueven completamente solitarios en su órbita social, cumpliendo una función mecánica en medio del vacío y de la indiferencia.

Tal es el destino de las amistades humanas. Amamos o estimamos a los demás en relación directa del beneficio que esa amistad puede reportarnos. El egoísmo, como ya lo dijo el moralista francés, es el común denominador de todos nuestros actos. Por él y sólo por él se explica la sociedad. La comunidad humana es una lucha de egoísmos más o menos disimulados que pugnan por desalojarse mutuamente, y que suelen disfrazarse con todos los atavíos que inventa la secreta rivalidad de los hombres, a fin de prevalecer los unos sobre los otros. Desde el amor hasta el odio, pasando por una infinita escala de afecciones psicológicas, todo es un torrente de fuerzas egoístas que tienden naturalmente a la preponderancia del individuo sobre la gran masa social, de modo que la convivencia humana no es, en el fondo, más que un esfuerzo colectivo por armonizar todas las energías individualistas y enderezarlas a un fin común, logrando que la acción egoísta de uno, al chocar con los propósitos egoístas de otro, cedan mutuamente y se armonicen dentro de una zona

de mutua tolerancia. La sociedad no puede tener otra finalidad que la de extinguir, en lo posible, este perjudicial predominio de los egoísmos individuales, creando permanentes factores de interés común, aspiraciones colectivas de eficacia espiritual, ideales superiores de bienestar nacional, que interesen a los hombres en algo más que en su provecho particular y conviertan el egoísmo del sujeto privado en un más alto egoísmo, si así se puede hablar, que tenga como aspiración el progreso, la cultura, el bienestar de la patria. Por eso pueblos entregados al exclusivo juego de las ambiciones personales, o, lo que es lo mismo, de los egoísmos privados, ni avanzan, ni se expanden, ni alcanzan nunca a formar parte visible de esa gran comunidad de almas que es toda sociedad purificada de egoísmos vulgares. Tales pueblos se hallan irremisiblemente condenados a la esterilidad, porque solo es fecunda la acción humana enderezada a propósitos de engrandecimiento social. Si el egoísmo reduce a los individuos a la insignificancia de sus propios odios, a los pueblos suele convertirlos en unidades aisladas, tanto más ineficaces cuanto más viva sea la conciencia que tengan de su rencoroso nacionalismo.

Pero no quiero fastidiaros en función de moralista. Existe en esas cuestiones el reverso de la medalla, y es la voluntad de sacrificio que anima a muchos, y ese divino desprendimiento que advertimos en criaturas extraterrestres, cuya vida es una dádiva perpetua "¡Oh miseria de todos los que dan!" dijo Nietzsche; pero yo replicaría: ¡Oh abundancia de todos los que se desprenden de lo suyo! Porque la dádiva no enriquece a quien la recibe, sino a quien la otorga. Los verdaderos mendigos no son los que imploran, porque éstos suelen hartarse con poco, sino los que dan, porque éstos no se sacian nunca de interiores delecciones y porque si el hambre humana se colma con poco o mucho, la de estos mendigos a lo divino, que son los benefactores, es verdaderamente inacabable, porque tiene como objeto llenar de riquezas sobrenaturales todos los abismos de



¡Oh abundancia de todos los que se desprenden de lo suyo! Porque la dádiva no enriquece a quien la recibe, sino a quien la otorga. Los verdaderos mendigos no son los que imploran, porque éstos suelen hartarse con poco, sino los que dan, porque éstos no se sacian nunca de interiores delecciones y porque si el hambre humana se colma con poco o mucho, la de estos mendigos a lo divino, que son los benefactores, es verdaderamente inacabable, porque tiene como objeto llenar de riquezas sobrenaturales todos los abismos de

la ingratitud humana, y aquel hueco espantoso que hace veinte siglos dejó un madero redentor al ser enclavado en una roca de la tierra.

El desinterés es la máxima virtud humana. Es el exponente que ponemos a muchos de nuestros actos para ponderar su grandeza o eficacia. Cuando nos interesamos por alguien, comenzamos por declarar que aquel interés es desinteresado, y de esta manera el acto de la estimación adquiere categoría casi heroica. La primera condición que antepone al amor es su desinterés, y así ponderamos no sólo su calidad sino también su permanencia. Los hechos históricos que más nos emocionan son aquellos de que puede asegurarse que fueron desinteresados, y los historiadores han dividido tácitamente la historia en dos partes, que casi se oponen entre sí: la de los hechos que fueron consumados atendiendo a algún propósito de aprovechamiento práctico, y la de aquellos que se realizaron con pureza de intención y virginidad de fines, es decir, con desinterés. En el lado de acá, vale decir, en la zona de estos últimos acontecimientos, reside la virtualidad heroica de la historia y su sentido inmortal. Y apurando el análisis, ¿en qué consiste propiamente la santidad sino en el despego de sí mismo, que han alcanzado algunos hombres excepcionales, después de haber extirpado el viejo egoísmo arraigado en las entrañas mismas de la personalidad humana? Toda grandeza, pues, se mide por la parte de desprendimiento que haya en el acto que la simboliza o encarna.

Pero me diréis que esto nada tiene que ver con nuestro amigo el libro, motivo de esta charla. Directamente nada, claro está, pero me convenía reforzar el carácter eminentemente egoísta de las relaciones humanas, así como su natural fragilidad, para que resaltara con más brío y nitidez esa amistad que nos brindan los libros, tan pacífica, tan perdurable, tan íntima. En primer lugar, es una amistad fiel. Ningún libro traiciona, ningún libro se entibia, ningún libro varía. Como fueron al principio continúan siéndolo durante el curso de los siglos, y si algo cambia somos nosotros, es la calidad de nuestras almas o la naturaleza de nuestro criterio.

Recordemos aquel libro que nos produjo una suave emoción poética en nuestra juventud, y que leído años después parece desabrido y opaco. No hay tal. Es que el desabrimiento está ya en nuestras almas, y la opacidad en nuestras pupilas; pero el libro sigue guardando intacto su tesoro de ingenuidad poética. Prueba de ello es que al abrirlo nuevamen-

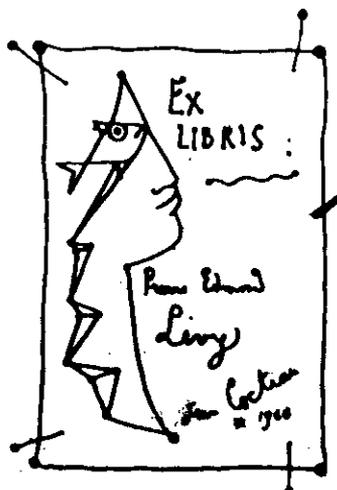
te un joven, una generación después, experimentará las mismas relaciones estéticas que nosotros experimentamos, y el hechizo de esas páginas se irá prolongando a par de las generaciones sucesivas que acudan a esas páginas en busca de belleza. Todos hemos vuelto alguna vez a los libros de nuestra infancia. ¡Qué encanto igual! Nada nos dicen intelectualmente, como es de suponer, pero nuestro corazón se sumerge en aquellas fuentes de castidad y de inocencia y por un momento volvemos a contemplar el mundo con beatitud de visión, como si repasáramos una colección de estampas. Y efectivamente, estampas, nada más, son para nosotros las cosas bajo la influencia de aquella lectura. La calle, con sus balcones a la sombra de los aleros; las buenas mujeres que atraviesan con el canasto en la cabeza; el perro que olfatea en una esquina; la iglesia que se perfila más lejos, y luego la primera línea de montañas que adivinamos envueltas en la niebla, todo eso vuelve a tener para nosotros una emoción de hallazgo infantil. Es que las páginas de ese pequeño libro han sido como una ventana colocada detrás del tiempo, y a través de la cual se ve el valle eternamente nuevo de la infancia, regado por fuentes que vienen directamente del paraíso.

La fidelidad de los libros evoluciona con nuestra edad. En la vida real vamos dejando rezagadas cosas que ya no convienen ni a nuestros años ni a nuestra experiencia: los juguetes y los cuentos de la infancia; los amigos de la adolescencia; las novias de la juventud, todo eso constituye como pequeños universos congelados que se alinean a nuestra espalda y que comienzan a formar ese círculo de nieve que poco a poco se va cerrando en torno nuestro, hasta completar el gélido circuito del desengaño universal. Con los libros no ocurre eso. Evolucionan a par de nuestras inquietudes, crecen con nosotros, y en cada grado o período de nuestro desarrollo nos ofrecen la enseñanza que entonces necesitamos o el consejo que por entonces requerimos. Hay en el hombre tránsitos graduales, pero definitivos, que son la niñez, la adolescencia y la juventud, que los pedagogos consideran generalmente como etapas delimitadas y fijas, con característica propias, ya biológicas y ya psíquicas, y de acuerdo con este criterio prescriben tratamientos espirituales para cada uno de esos períodos y regímenes de higiene moral que preservan de los peligros propios de aquellas delicadas edades. Pero todos sabemos cómo se equivocan los pedagogos y en general los educadores, a ese respecto. La niñez, la adolescencia y la juventud, no se marcan en el alma de los individuos como las regiones geográficas en un mapa: por medio de una línea que las divide y separa. Esas zonas interiores mezclan y confunden

muchas veces sus fronteras, se influyen las unas a las otras, crean confusas anomalías en la conciencia de los individuos, y los pedagogos no se explican ciertas y muy extrañas incongruencias que afectan el carácter. Los reconcentrados silencios del adolescente, la total absorción de la niñez en un mundo propio del que no nos damos cuenta, los súbitos fervores y las no menos súbitas depresiones del joven, todo eso parece poco explicable a la luz de la psicología corriente. Pero hay alguien que así está en el más profundo secreto de estas contradicciones y anomalías. Es el libro. El libro que crea para el niño un mundo fantástico, que para el adolescente contiene secretos terriblemente encantadores, y que para el joven constituye la clave de su vocación o la solución a las mudas y lacerantes perplejidades que hacia esa época de la vida entenebrecen el mundo interior. A los maestros se les tiene la suficiente confianza o no se cree en ellos; a los padres se les respeta demasiado o se les teme; de manera que el muchacho curioso e inteligente, a quien comienzan a inquietar los enigmas de la vida o los secretos del universo, acuden al libro como a un oráculo infalible. ¡Con qué temeroso gusto se abren entonces algunos volúmenes de la biblioteca paterna! Si de las ciencias se trata, hay allí esplendorosas verdades que iluminan nuestra inteligencia como constelaciones interiores, si interesan los aspectos simplemente físicos del mundo. ¡Cuántas maravillas se narran allí! Pero no: casi nunca son estas cuestiones las que realmente acucian al adolescente. Son los misterios de la vida misma. ¡Fascinación irresistible la de aquel libro de medicina que viene a poner en claro las confusas intuiciones del instinto! ¡Maravilloso encanto el de aquella novela, donde tanto se habla de amor, y que contiene freses que hacen temblar de dicha y sacuden fríamente nuestra sensibilidad, suscitando la imagen de una mujer que flota en nuestras platónicas fantasías como una nubecilla de plata y oro, alumbrada por los primeros reflejos de la sensualidad recién despierta! En estos primeros encuentros con el mundo del sentimiento erótico, el libro es factor definitivo. Tímidos ante el mundo social, inexpertos ante el atractivo femenino, es en el libro donde buscamos las primeras experiencias amorosas, y de esas páginas salen nuestra primeras amadas. Aun cuando lo neguemos después, Margarita Gauter nos hizo soñar más que las mujeres reales que encontramos en la vida posteriormente, y no hay adolescente que no haya querido sustituir al afortunado amante de Madame Bovary, ni ser realmente el clásico Efraim de nuestra bella novela colombiana. Sería interminable si me pusiera a explicar todas las partes de este interesante capítulo de

nuestras vidas, regidas y gobernadas enteramente por el libro, sobre todo en lo que hace relación con la pasión amorosa.

Más tarde, cuando apunta la juventud o se goza de su beneficio total, y ya explicados suficientemente esos primeros balbuceos del instinto, es la inteligencia la que reclama su gobierno sobre la personalidad humana. Entonces llega la hora casi exclusiva y absorbente libre. Viene esa especie de fiebre cerebral que aqueja a la mayor parte de los intelectuales en ese período de su plenitud mental, y que no encuentra ni límite ni sosiego a su voracidad. Se anhela el conocimiento completo, la plena posesión de la sabiduría, la conquista diaria de verdades que amplíen cada vez más los horizontes del alma, y la razón, en toda su madurez, reclama esas explicaciones totales del universo y de la vida que son a manera de sistemas filosóficos que nos forjamos en nuestro interior, y de los cuales depende inexorablemente el curso de nuestra conducta subsiguiente. Son los años definitivos en la formación intelectual del hombre. Lo que sigue de allí en adelante no es más que el desarrollo necesario de los principios aceptados entonces. El núcleo personal e indestructible de la cultura está ya formado. Lo demás apenas serán partículas o fragmentos que vengán a robustecer esa célula originaria. El libro se convierte entonces en el compañero de todas las horas. La visión real de las cosas, la experiencia directa del mundo, ceden ante esa perspectiva



imaginaria que dibujan las páginas impresas en el horizonte de la conciencia. Miramos, contemplamos, sentimos, a través de los libros. Los hombres y las cosas nos parece aceptables si se hallan conformes con la noción intelectual que de ellos hemos aprendido en los libros. La historia y los sucesos se deforman en el sentido de nuestras lecturas favoritas. Unas teorías se superponen a las otras, en el mismo sentido en que los libros han venido destruyendo hipótesis o aprehensiones. El más rígido intelectualismo gobierna nuestros actos. Es la época de las teorías, del apostolado, del proselitismo. Nos aferramos a las llamadas doctrinas, ya sean de orden político, social o estético, y a ellas queremos sujetar

violentamente la realidad exterior. La intransigencia y el fanatismo, a los que damos el nombre de apostolado, gobiernan nuestra voluntad. Época creadora y fecunda, por un lado, pero época también de preparación para los grandes desengaños que comienzan a marcar nuestros espíritus con precoces estigmas de ironía y de sarcasmo. Casi siempre a este período de eretismo cerebral sucede la burlona resignación ante la vida y ante los hechos. Es que las teorías nos han defraudado; es que la verdad de los libros no estuvo de acuerdo con la verdad de la existencia; es que las doctrinas sufrieron dolorosas mutilaciones al ser transportadas del cálido ambiente de la conciencia a la fría realidad de la historia. Los grandes ironistas, los implacables burladores de todo lo humano y lo divino, los irreducibles escépticos y los practicantes del nihilismo universal fueron primeramente evangelistas fervorosos de todos los ideales; solo que sobrevino un súbito enfriamiento de las ideas, al cambiar éstas de latitud, y el fervor espiritual cristalizó en fragmentos de hielo cortante, de esos que hacen sangrar sin que se sienta el escozor de la herida.

Pero hay también el tipo de hombres que, habiendo sabido acondicionar sus lecturas, o mejor dicho, sus libros, a las especiales modalidades de su conciencia y de su espíritu, deriva de ellos una fuerza constante y siempre renovada. A ello acuden de continuo para rebustecer su fe, y el libro suele afirmarlos en su creencia con esa muda autoridad de las páginas impresas donde quedó estampado el aliento del genio. Y es que una de las más gloriosas virtudes del libro es la de conservar la verdad inalterable. Cuando la verdad flota todavía en el espíritu del hombre, se halla sujeta de hecho a los cambios que ese espíritu va experimentando en su pesquisa de lo absoluto; pero cuando esa verdad pasa al papel, ya queda colocada como fuera del tiempo y del espacio, ya pertenece a las categorías incorruptibles del espíritu, puro, y su lenguaje será el mismo a través de los siglos. Vuelan deshechas en polvo otras construcciones del ingenio humano, pero el libro es indestructible porque la verdad que acendra lo preserva de la descomposición. Las primeras especulaciones de la inteligencia humana sobre el origen del universo, sobre la divinidad, sobre las ciencias y las artes, entregadas a frágiles pergaminos, flotaron hasta nosotros, a los largo de todas las corrientes históricas, y hoy esas verdades destellan para la inteligencia humana como destellaron para la conciencia de sus propios creadores, con la misma nitidez, con la misma fuerza, con la misma razón de ser que tuvieron en la aurora del pensamiento humano. Todos aquellos principios fundamentales de

la cultura, de que hoy vivimos, fueron confiados a frágiles hojas escritas, y si es verdad que el monumento, la estatua, el templo, la columna, ilustran a su modo sobre el proceso histórico de la inteligencia, y nos acercan a través de las edades, y nos hacen conocer las modalidades íntimas de un pueblo, sus vitales inquietudes frente a los problemas del arte, de la moral o de la filosofía, también es cierto que esta enseñanza se halla más viva, difusa y universal en el libro, que es único, y que por una especie de milagro eucarístico se halla presente en muchas partes al mismo tiempo y bajo infinitas formas que multiplican su sustancia espiritual. A esos inmortales libros, depositarios de la verdad, vuelve continuamente los ojos el mundo en sus horas de angustia o de desconcierto. Y ellos se abren y entregan sin egoísmo alguno, dichosos de ofrecer el caudal de su experiencia o de su sabiduría, sin temor de que se agoten sus reservas de luz, de bondad o de consejo. Siglos enteros se han inclinado sobre unas cuantas de esas páginas; centenares de generaciones ya extintas se han desvelado sobre esos renglones; sabios de todas las épocas y de todos los países han consumido sus noches indagando sobre aquellos renglones paralelos; y el libro, después de haber saciado tanta curiosidad, continúa intacto y fresco, dispuesto a entregarse a nuevas muchas muchedumbres de hombres que repiten el mismo trabajo de investigación, de búsqueda, de estudio, de pesquisa. Tal es el poder de la verdad, poder infinito, manantial perenne, inagotable esencia que parece crecer a medida que sirve de alimento a las inteligencias, y cuya juventud perpetua y cuyo vigor inexhausto son prueba inequívoca de que existe otra verdad suprema e infinita de la cual esta verdad de la tierra apenas es copia y reflejo. Si así no fuese, un sólo pensamiento habría agotado la verdad, o buena parte de la verdad; pero si desde Platón hasta nuestros días se investiga la naturaleza del alma, por ejemplo, el origen de la belleza, la realidad de nuestro conocimiento, el destino final del hombre y del universo, y esas cuestiones aparecen todavía como recién formuladas, y lejos de haberse agotado su contenido, ofrecen nuevas y más amplias perspectivas espirituales a medida que la inteligencia, a lo largo de veinticinco siglos, las ha colocado como fundamentos de toda especulación, ello quiere decir que sobre tales problemas hay una verdad superior e inagotable que lanza sobre la tierra débiles parpadeos, los que alumbrando el perfil de los siglos, no hacen sino aclarar un poco la historia del pensamiento humano, como los relámpagos del abismo estrellado suelen iluminar intermitentemente los horizontes de la tierra.

Pero si el libro guarda esta verdad absoluta, valedera para todos los tiempos y todas las razas, también guarda aquella que solo es cierta para determinados individuos, para determinados pueblos, para determinadas épocas. Amamos un libro concreto, como solemos amar a una persona o un paisaje. Hay, entre todos, un libro especial sobre el cual solemos poner todas nuestras complacencias. Puede que no valga mucho, pero despierta en nosotros emociones tan entrañables que su lectura es casi necesaria a nuestra vida afectiva, como lo es el amor de la mujer o el calor insustituible del hogar doméstico. Hay unos desposorios místicos de la inteligencia con ciertos libros, que todavía no han sido objeto de comentarios ni de pinturas, pero que existen en la realidad de la vida interior. Si todos los libros son nuestros amigos, con el correr de los años nuestros compañeros y camaradas íntimos vienen a ser unos pocos, escogidos por un proceso selectivo de que nos damos poca cuenta, pero en el cual intervienen razones de orden personal, motivos intelectuales o predilecciones del corazón. Son nuestros confidentes. Hemos llegado a ellos en horas de desengaño o amargura, de perplejidad o desánimo, y ellos han tenido para nosotros esa palabra veraz, saludable y viril que desconoce el amor mismo, que es inútil demandar a la amistad de los hombres y que sólo brotan de la páginas amadas y mil veces leídas, señaladas y marcadas al margen, aprendidas de memoria, todos los días revisadas y hechas sustancia de nuestra alma y modalidad de nuestra conducta. ¡Ay de aquel que no ha tenido libros íntimos! Yo pienso, entre millones de humanos, en Cicerón, por ejemplo, que nos cuenta en las cartas que dirigía a su amigo Atico, cómo volvía a su biblioteca después de los desengaños políticos o de las ingratitudes del amor conyugal. Se encerraba celosamente, y luego de borrar de su memoria el panorama del Senado en que se agitaban los conspiradores, de las calles de Roma, azotadas por las hordas de Clodio, de su propia casa, donde resonaba todavía la áspera voz de su consorte irascible, tomaba el libro de su predilección, ya fuera del filósofo amado, del poeta querido, del historiador frecuentado, y se sumergía de lleno en aquel mundo de imágenes y de ideas, dejándose mecer por la cadencia de los versos o por la callada música de los siglos. ¡Y qué decir de ese Petrarca, que anuncia el Renacimiento y cuya trashumación perpetua y constante movilidad de ánimo se anticipan a la angustia contemporánea? A orillas de la fuente de Vaucluse no tiene más compañero que el libro. En Aviñón, la árida ciudad donde un emperador romano erigió un altar al viento, solo acompaña el libro. Y cuando muere se le encuentra con la cabeza caída sobre un códice, como si hubiera escogido deliberadamente esa almoha-

da para dormir en la inmortalidad. Esa frente dormida sobre los pensamientos de la antigüedad, es todo un símbolo. Es el símbolo de la edad moderna gobernada por el libro. Sobre el episodio final de Petrarca bien pueden los titanes de Miguel Angel asaltar el cielo y dibujar con las últimas sombras de la noche medieval y las primeras luces de los tiempos modernos, las espléndidas alegorías de un mundo nuevo cuyo profundo significado es la lucha del Mito y la Razón, que divide en dos fragmentos irreconciliables la concepción íntegramente divina del hombre y de la historia.

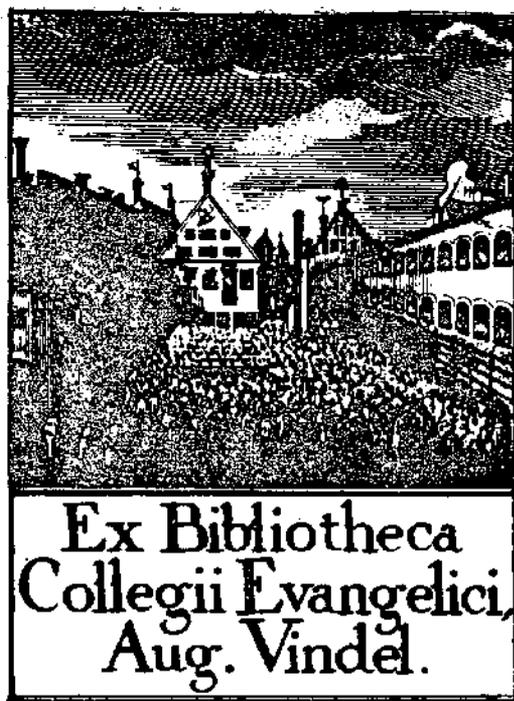
Sí: porque si antes era el libro objeto precioso, únicamente al alcance de los magnates y de los monjes, ahora la democratización de la cultura lo multiplica profusamente en las más variadas formas y bajo los más caprichosos aspectos. A partir del descubrimiento de la imprenta, la cultura comienza a edificarse sobre las páginas impresas. La epopeya cantada, las preciosas artes de la caligrafía, la cátedra activa que difundió en siglos anteriores el saber humanístico, todo muere automáticamente ante la aparición del libro. El libro entra como factor exclusivo de divulgación y aprendizaje. Su influencia en los destinos humanos es incalculable. El tipo del humanista del Medievo y del sabio del Renacimiento, cuya enseñanza era personal y objetiva, y a quien era preciso rodear materialmente si se quería disfrutar de los beneficios individuales de su sabiduría, se extingue por completo, y el libro cobra de por sí sustantividad suficiente para anular la influencia particular del pensador o del sabio. El libro se convierte en emisario de la cultura universal. Es el verdadero embajador de la inteligencia en el reino de los espíritus. La industria misma y la economía se ponen a su servicio, y capitales fabulosas se mueven dentro de todos los azares de la competencia comercial, para producir esas páginas cuajadas de renglones. Recordad, como contraste, al copista de los siglos medios. Mueve la pluma durante años enteros sobre el rugoso y crujiente pergamino para copiar un poema, una crónica, un texto religioso. Los caracteres góticos van llenando la página. Por la angosta ventana ve el calígrafo la flechas de la esbelta catedral gótica, que se recortan contra un cielo gozoso donde las nubes redondas semejan bajeles de plata. En el huerto, los cipreses, oscuros y rectos, remedan, a su manera, la arquitectura de la iglesia, y cuando forman grupos esta semejanza es mayor, pues las rígidas puntas y los claros que quedan entre las ramas ofrecen un conjunto como de flechas y de ojivas. Por la calle pasan unos romeros salmodiando preces a la Santísima Virgen. Un pobre juglar se ha detenido en una esquina

tañendo su vihuela, y grupos de curiosos escuchan una vaga canción de amores y desafíos, donde dos versos de larga y aguda cadencia acentúan el significado de un estribillo monótono. El calígrafo lleva ya luengos años en su menuda, paciente y graciosa labor. Copia uno de los tratados de Séneca, que le ha sido encargado para la biblioteca de un monasterio. Pero como no solo es pendolista, sino también pintor, ornamenta cada página con floridas márgenes, y las mayúsculas las forma complicadamente, aprovechando motivos mitológicos y cristianos en apretada mezcla.

Por encima de las tintas de colores, para rematar su labor, pone espléndidos esmaltes azules o rojos, de manera que la página, así terminada, es una verdadera joya y relumbra al sol como una custodia. Ese códice irá a parar a la biblioteca del convento, y más tarde acaso sea encontrado por uno de esos ávidos humanistas del siglo XV que revolvían a Europa en busca de esos preciosos documentos. Efectivamente, la aparición de unos de estos códices y de un libro perteneciente a la antigüedad griega y romana, era para los países cultos de Europa una verdadera fiesta. Magnates como don Diego Hurtado de Mendoza fincaban su orgullo en poseer una cuantiosa colección de estos manuscritos, y aun se arruinaban comprándolos a precios fabulosos. La noticia de uno de estos hallazgos recorría Europa con más rapidez que el vencimiento de una república italiana, pongo por ejemplo, o una victoria de España en los Países Bajos. Inmediatamente los humanistas se preparaban para estudiar, comentar y comprender el inestimable códice, y esta labor era realizada con el mismo fervor y el mismo espíritu en Alemania por Erasmo, como en Italia por Bembo y Eneas Silvio, o en España por el insigne Nebrija. Y para que el criterio y la exégesis pudieran uniformarse, y no hubiese diferencias de idiomas que interceptaran la universal interpretación de esos documentos, la lengua latina era el idioma internacional de Europa, y si Erasmo rivalizaba con Cicerón en el manejo del idioma culto, en España realizaban idénticas hazañas hasta las mujeres, como aquella ilustre doña Beatriz Galindo, maestra de la reina Isabel, y que mereció ser apellidada, por su dominio del idioma del Lacio, La Latina.

¡Cuán diferente la elaboración material del libro en nuestros días! Máquinas ruidosas lo engendran, y todas las labores que preparan y realizan su aparición obedecen al ciego automatismo de la técnica industrial. Pero ésta ha sido la más valiosa conquista de la historia, y

puede asegurarse que la humanidad comenzó una nueva vida y la más gloriosa etapa de su evolución el día en que se usaron por primera vez los caracteres de imprenta. Por caso curioso, otros dos inventos hicieron su aparición en los mismos días del libro impreso: la brújula y la pólvora, y no sé qué conexiones sorprendentes encuentro en esta relación de coexistencia temporal. Parece que un designio providencial hubiera querido que el hombre utilizara al mismo tiempo dos instrumentos de orientación, aplicado el uno a las ciencias físicas y el otro a las ciencias del espíritu. Brújula y libro surgen al mismo tiempo, y si el proceso de su invención aparece como antagónico, una misma ley lo rige en el fondo, y su finalidad puede ampararse bajo un mismo principio. Aun bajo las especies de la metáfora, esta identidad de objeto y de funciones se muestra más notoria. Navío es la historia, navegante es el hombre, y de ésta manera la brújula y el libro se identifican lógicamente, y no vienen a ser más que un mismo instrumento de precisión aplicado a diversas técnicas. Con la circunstancia, además, de que el principio que mueve a la brújula a buscar el norte es extrínseco a la voluntad humana y a los secretos de la mecánica, y radica en una fuerza inmanente de la naturaleza, que determina fatalmente la índole del fenómeno. La brújula es orientadora por necesidad. Pues esto mismo sucede con algunos libros. Señalan un norte fijo, una determinada dirección, por virtud de esa fuerza magnética de la verdad, cuyo secreto no reside en las determinaciones de los hombres sino en la constitución misma del mundo moral. Como sucede con la aguja orientadora, que puede sufrir momentáneos desvíos según vaya inclinándose el plano en que se halla situada, pero siempre recobra su posición científica, de este modo los libros, o mejor



L. M. Steinbocker del.

dicho, esta clase de libros a que me he referido pueden fluctuar a capricho de las falsas o malévolas interpretaciones, a merced de los intereses parciales, bajo la violencia de la pasión banderiza o del simple conato revolucionario; pero pasada la transitoria desviación del plano histórico en que actúan, se dirigen de nuevo, con inexorable automatismo, hacia aquel lugar del horizonte espiritual que señala para los hombres el término de su duda o de su discordia. La historia del pensamiento es muchas veces, casi digo que en la mayor parte de los casos, la historia de esta tranquila pero necesaria rectificación de la verdad, que dirige su aguja hacia uno de los puntos cardinales de la conciencia. Las etapas de confusión marcan el balanceo momentáneo de esa brújula; las épocas de plenitud social indican que ese movimiento ha cesado y se marcha derechamente hacia el norte.

¿Por qué, me pregunto ahora, la simultánea aparición del libro y de la pólvora puede prestarse a curiosas divagaciones? Es que significan estos dos elementos la oposición de fuerzas contrarias que han luchado en el transcurso de los siglos para modelar, cada una por sí misma, la fisonomía de la historia. Lo uno es la destrucción, la guerra, la barbarie; lo otros es la pacífica permanencia del espíritu en el seno de las sociedades humanas y el predominio de las fuerzas vivas y creadoras de la inteligencia. El libro y el fusil: he aquí la más importante antítesis de la historia. El libro y el fusil explican totalmente la trayectoria del hombre sobre la tierra. Del predominio de uno de estos dos elementos ha resultado siempre el carácter especial de cada cultura. O se excluyen, o se superan uno a otro, o se confunden. Veces hay que la voz del libro y el estampido de los cañones no han hecho más que realizar por caminos distintos una misma labor de progreso. La pólvora le presta entonces a la palabra su virtud de expansión y de resonancia. Así se han hecho vigentes los derechos de los pueblos, la justicia de los oprimidos, la doctrina de los libertadores. Ocasión existe en que uno de los dos instrumentos alcanza mayor eficacia que el otro, sin que riñan fundamentalmente, y entonces aparece o el reinado de las instituciones civiles o el imperio de los militarismos absorbentes; pero es más frecuente el caso de la lucha a muerte entre la pólvora y el libro, por querer aquélla borrar completamente la obra benéfica de éste, o al contrario. Son los calamitosos tiempos en que la cultura y la barbarie se enfrentan no sólo en los campos de batalla sino en la conciencia de los individuos, de modo que la pugna exterior es apenas un indicio de esa lucha que tiene como teatro el espíritu del hombre. Pero si los fusiles acallan por algún tiempo la voz de los libros, esta voz acaba

por romper el seno de las sepulturas abiertas por aquéllos, y vuelve a escucharse por una vez más sobre las ruinas y el silencio la voz del eterno verbo humano, que también, y a su modo crea las cosas tras la noche del caos, gritando desde el libro aquellas palabras que preceden a todo génesis: "Hágase la luz". El libro las ha repetido desde el principio de las culturas históricas, y será la última voz de la tierra que se escuche en el final de los siglos, cuando se extingan todas las luces creadas, ante el resplandor de aquella que no tuvo oriente ni ocaso, porque toda y total resplandece en el mediodía de lo eterno.

Penetrad al recinto de una biblioteca. Llegáis probablemente del bullicio de la calle, del afán de los negocios, de todas las citas del interés y de la lucha, con la cabeza en fiebre, los nervios exaltados, la conciencia llena de sordos e inconfesables resentimientos, y en los oídos el eco de todas las vacuidades y torpezas que flotan a merced de las conversaciones ocasionales, en los sitios donde el egoísmo, la rivalidad y la competencia se citan para confirmar el apotegma de que el hombre es lobo para el hombre; el mal estado de los negocios, la situación política de la patria, los problemas internacionales, en fin, miles de preocupaciones os tienen con el alma entenebrecida; habéis trabajado mucho, con poco éxito; habéis luchado por el predominio de algún particular interés de que dependía buena parte de vuestro bienestar futuro, y todo ha resultado a medias; el cansancio es grande, la preocupación absorbente, y en tal estado de alma penetráis en vuestra biblioteca. ¿Qué sucede? ¡Ah! Poco a poco vuestro ánimo se calma, la angustia va cediendo ante el lento avance de una serena tranquilidad que os embarga el alma, y los sentidos recobran el equilibrio de las horas en que la máquina total de nuestro organismo parece funcionar con perfecta y segura cadencia. Es que la sola presencia material de los libros tiene la virtud del sosiego. Es benéfica como la sombra de un árbol, segura como la protección de un muro bien cimentado, alegre como el rumor de las aguas, fecunda como la luz del sol, íntima como la tibieza de los hogares. La atmósfera que allí se respira no tiene nada de común con ese aire insalubre de que habitualmente se alimentan nuestros pulmones en otros sitios. El silencio que allí reina no es comparable a ningún otro silencio, ni siquiera al del campo, que es un silencio creador, porque ampara los misterios de la fecundación universal; ni siquiera al silencio de la noche, que es un silencio divino, porque todas las inspiraciones del cielo descienden entonces a fecundar el sueño de los hombres. No. El silencio de los libros es más alto, más puro, más sobrecogedor. Ordenados por filas, como los

ejércitos de la tierra, colocados en órdenes y jerarquías, como las huestes angélicas, aparentemente mudos y fijos dentro de su metódica repartición, como las constelaciones, los libros poseen una intensa vida invisible y desatan una actividad verdaderamente cósmica en el pequeño recinto en que se hallan guardados. Escuchad el imperceptible ruido de las bibliotecas. Escuchadlo con atención, y veréis que al poco tiempo aquel pacífico rumor como de colmena doméstica os atruena y ensordece tanto como el estruendo de la olas. Es que el océano de la inteligencia humana se ha puesto en movimiento. Es que ha despertado la voz de todos los pueblos, de todas las razas, de todas las edades. Es que allí se canta, se implora, se impreca, se grita, se llora, se inquiere, se blasfema, se reza, en todos los idiomas, en los más diversos tonos, desde todos los lugares del mundo. Es que allí escucháis el primer beso de amor que estalló en la mañana del paraíso, el gemido con que se inicia el inacabable drama humano, la ruda voz de los patriarcas conductores de rebaños, el estruendo de las armas conquistadoras, el golpe de las murallas que se derrumban, el jadeo de los constructores de torres y fortalezas, los clarines militares, los primeros coros de las liras que celebran la alianza del hombre con las divinidades y los combates del cielo con la tierra; choques de razas y de pueblos; conflagración de culturas; duelos de religiones contrarias, celos de monarcas, alianzas de reyes, exterminio de ejércitos, venganza de las multitudes irresponsables, silencio de los sabios y de los pensadores ante el espectáculo de la historia, ante las leyes de la naturaleza, ante la mudez del universo, fervor y sacrificio de los santos, exaltación y victoria de la maldad y de la violencia, misteriosa opresión a los buenos, persistencia de los humildes y heroicos sacrificios, vigencia de la cólera endiosada, rencor de todas las vindictas impotentes, gloria de los descubrimientos, sombría resignación de los fracasos, afirmaciones y dudas, imprecaciones y duelos, agonía continua y muerte sempiterna, todos los pasos, grados, actos, cambios y transiciones de la tumultosa escena histórica, cuyo decorado es el cambiante universo en que nos movemos, y cuyos actores y representantes son la insaciable apetencia del corazón, la fundamental miseria del orgullo humano, y la tremenda voracidad de la muerte, que diariamente reduce a cenizas aquel fantástico tablado.

Tal es el profundo significado de una biblioteca. Así como las capas geológicas con una historia de la tierra, distribuidas en capítulos que se superponen los unos a los otros, así las filas de libros son la historia verídica del pensamiento humano ordenada de acuerdo con la dinámica aparición de las culturas históricas. Si pudiéramos penetrar una intui-

ción genial en aquellas páginas, y distribuir, como en un plano inmenso, todas las materias allí tratadas, y tener de todo ello una comprensión total y simultánea, el pensamiento humano se ofrecería a nuestra inteligencia asombrada con más amplitud, variedad y hermosura que los planos de las grandes ciudades, que las cartas geográficas, que las topografías de tierra, que las mismas transcripciones gráficas del cielo estrellado. ¡Qué exacta y descomunal cosmografía del espíritu humano! Pero lo más sorprendente de todo ello sería advertir cómo hay un principio común que rige y armoniza tan asombrosa variedad. Dentro de ese plano veríamos que a la postre todas las cosas convergen hacia un ideal común, y los fenómenos más contradictorios se reconcilian dentro de una ley que los explica universalmente, y las leyes tienden hacia la sencillez implicándose las unas en las otras, y los principios hacia su identidad esencial, y los seres hacia finalidades idénticas, y las ideas hacia categorías superiores en que se absorben, buscando cada vez más la síntesis total, todo ello como consecuencia de esa irresistible tendencia a la unidad, que es la ley suprema de las almas y de los seres. Unidad cuya percepción parcial alcanzan algunas veces los espíritus superiores, forjando entonces esas supremas síntesis que son los grandes sistemas filosóficos o poéticos, o realizándola dentro de sí mismos por una íntima y misteriosa armonía entre todos los impulsos y tendencias de la personalidad. Cuando ese sentido de la unidad se rompe, sobrevienen las épocas de cultura especializada y atómica como la que alcanzamos, y el predominio de caracteres fragmentarios, en que la integridad humana se rompe para dar nacimiento, dentro de una misma persona, a muchos sujetos paradójales que riñen consigo mismos, porque su pensamiento ofrece aspectos contradictorios, al reflejarse en los espejos de una conciencia despedazada.

Pero los libros impresos son apenas una imagen visible de lo que es el libro, entendido en su recóndita esencia. Libro es todo en el universo. Libro son nuestros rostros, y los caracteres en él impresos constituyen los títulos de las esperanzas o los largos párrafos del infortunio. Más recóndito libro son nuestras almas, escritos unos en caracteres corrientes y otros en escritura cifrada que necesita interpretación. Quienes se habitúan a estos signos y les arrancan su verdadera significación son de hecho los grandes psicólogos, los analistas interiores, los consumados maestros de la introspección. También los enamorados suelen estar en el secreto de este abecedario simbólico. Inmenso libro es la tierra. Allí cada letra tiene su larga historia y constituye por sí sola un capítulo. Ese

grano de arena, depositado en el cauce de un río, tiene una trayectoria viva más interesante que la existencia de Alejandro. Es fragmento de las grandes convulsiones geológicas que han sacudido el vientre de esta generosa tierra que nos cría y alimenta, y en sus diminutas proporciones vale tanto como los astros, desde el punto de vista de tragedia cósmica. ¿Y quién será capaz de condensar en pocos renglones la historia de ese río, contemporáneo del mundo y en cuyas orillas fangosas fueron a morir los animales gigantes de la época prehistórica? ¿Y él continúa fluyendo inagotablemente, y si contemplásemos profundamente sus aguas, veríamos reflejados en ellas todos los semblantes de la fábula. Una hoja de hierba es una verdadera epopeya para quien sabe contemplar las cosas dentro de la unidad universal. La vida y la muerte de los hombres no resulta tan interesante como el agotamiento y el florecer de los campos. Las montañas son los apartes más interesantes de ese libro, y equivalen, dentro de esa literatura geográfica, a las obras excelsas del ingenio humano. Son *Ilíadas*, *Divinas comedias*, *Novenas sinfonías*, *Quijotes*, *Catedrales góticas*, *Sumas teológicas* que el genio de la tierra ha escrito con anterioridad a la aurora del pensamiento humano, y que seguramente habrán de sobrevivir a sus hermanas, las creadas por el genio literario de los hombres, pues cuando los poemas homéricos y las obras del trágico inglés se hayan deshecho en polvo, todavía asistiremos a la epopeya de los volcanes y de las nubes y al tremendo drama de la vida y la muerte de la naturaleza. ¿Y qué página más hermosa han podido concebir los hombres que esa del cielo estrellado, con las grandes iniciales de las constelaciones y el apretado texto de luz que narra la hermosura de Dios?

Pero hay, finalmente, otro libro más importante que los anteriores. Es el libro de nuestra vida. El más variado y expresivo de todos ellos. Cada minuto es una línea que escribimos en él, de modo que su caligrafía es labor incesante. Es cuento, madrigal, fábula, drama, poema heroico, historia novelesca o crónica insignificante, según sea el estilo en que se redacte. Puede tener una unidad absoluta, o estar concebido en frases discordantes. Lo escribimos con todo nuestro ser y es nuestra ambición no dejar márgenes blancas para que en él quepa toda la historia de nuestro paso por la tierra, pues hay inevitablemente un momento en que la mano de la muerte se interpone y dibuja el punto aparte. El capítulo que sigue no lo escribimos en la tierra.

Tomado de: Rocha, Antonio. *Discurso del libro* --Bogotá: Biblioteca Nacional, 1944. --75 p. ilus.